



"GACETA ILUSTRADA"

No. 712

Madrid, 31 Mayo 2970

AMBICIÓN FILOSÓFICA

MANUEL Granell es un ejemplo de bien probada vocación filosófica. Durante varios decenios ha mantenido en alto la bandera de la filosofía en las tierras solares de Venezuela. Alumno de la que Marías llamó bien «escuela de Madrid», ha conservado con admirable lealtad la atención despierta sobre los problemas que hicieron de la Facultad de García Morente, Ortega, Zubiri y Gaos un centro tan estimulante y vivo.

Del espíritu que allí recibimos —y precisamente sobre el sentido de esta frase da explicaciones este libro de Granell— reconozco muchos componentes en mis propios recuerdos. Son muchos los libros que hemos leído y muchas las lecciones que nos han informado, dándonos porciones semejantes de nuestra alma. En este libro podemos medir lo que hubiera podido dar de sí un desarrollo normal y no cortado por catástrofes de aquella escuela.

La actitud de discípulo —que más de una vez se ha dicho que es la característica de nuestra generación— se manifiesta en Granell, por ejemplo, en el modo como pone en su libro un escolio de asturiano al pasaje donde Ortega y Gasset valoró el vocablo regional *atopadizo*.

Este nuevo y copioso libro (1) se presenta aún como una tarea previa y liminar. Su subtítulo, nos confiesa el autor, se refiere a una disciplina nueva, que habrá de resolver «técnicas proyecciones de gobierno», es decir —si se nos permite una exégesis algo superficial— los problemas capitales de la convivencia humana. Esa nueva disciplina que es la Ethología, le parece al autor urgente «en la profunda crisis que nos aqueja», y lo que le ha movido a buscarle a la nueva ciencia su fundamentación son «desvelos de efectivo humanismo, no simples afanes de teórica precisión».

Ya dimos oportunamente cuenta de otro libro preparatorio de Granell en la misma dirección: *El hombre, un falsificador* (1968). El filósofo, consciente de la importancia de su misión, va desarrollándola con todas las tareas preparatorias necesarias, y una y otra vez da vuelta a la ciudadela que guarda con sus murallas una disciplina nueva, cuya formulación adecuada puede resolver graves problemas que pesan sobre la humanidad.

En efecto, en los trece capítulos, bien acompañados de densas notas, que componen este volumen, vemos al autor partir del principio de que el espíritu es no otra cosa que «creación del hombre», con una dialéctica que va del individuo a la colectividad, la unidad que forma una generación, la nación, la humanidad entera.

Los medios que aplica Granell al estudio de este problema son —traídos a nuestro tiempo y enriquecidos con nuevos estudios— los que le proporcionó la escuela de Madrid en sus contados años de esplendor. Fiel a ella, ha seguido cuidadosamente la publicación de las obras de Ortega, y de sus lecciones, a menudo aparecidas póstumas, y los libros de Zubiri y Gaos. Con esa lealtad saca a veces Granell sus viejos recortes de *El Sol*, en los que se reseñaban ampliamente cursos de Ortega. De la misma manera, sin desconocer a las figuras que han ido apareciendo posteriormente, ha seguido a los que eran grandes maestros de entonces: Heidegger y N. Hartmann. Con admirable diligencia ha seguido Granell las discusiones iniciadas entonces y continuadas a lo largo de dramáticas vicisitudes de nuestro tiempo, como en el significativo encuentro de Ortega y Heidegger en Darmstadt en 1951. Yo creo que en la falta de curiosidad y en el abandono de espíritu que caracteriza a nuestra vida intelectual no se han examinado nunca hasta este libro las significaciones de tal encuentro. Granell recoge las objeciones del filósofo español a su gran antagonista en aquel momento.

Granell comenta el encuentro no como anécdota sino como discrepancia sobre la mundanidad. Ortega se subleva contra «el oscuro cielo de pastor» que movía al gran filósofo alemán,

dominado por la pretensión de ser el director de una humanidad que «ya no funda, no hace mundo, no separa o mundifica», sino que «se limita a cuidarle, a mantener su guarda cuidadosa». Ortega protesta contra esta condición de «pastor del Ser» que Heidegger asignaba al hombre, y contra las «sombras fantasmagóricas de la espectral *Cuadratura* heideggeriana».

En este libro Granell trata de todos los problemas de la filosofía moderna en el amplio sentido del adjetivo. El capítulo «Del *gogito* al *sum*» arranca —ya se ve— de Descartes, y pasando por los grandes filósofos llega hasta los existencialistas y a los problemas actuales.

Bajo la rúbrica de «La vecindad humana» se agrupa una serie de capítulos donde se analizan los aspectos colectivos del espíritu, interpretando en sentido literal un dicho de Goethe acerca de la conveniencia de que un talento «crezca en una nación donde circule mucho espíritu y una gran cultura». En sus meditaciones ve Granell cómo el hombre utiliza como naturales todos los recursos que le ha brindado la técnica, volviendo del revés su primitiva condición, ya que la vida toda del hombre en la tierra, comenzando por el habitar en ella, es un vencimiento de resistencias, pues como sostenía Ortega en su encuentro con Heidegger, «el hombre es un intruso en la llamada naturaleza».

Descubre también el juego de lo que él llama *ethos* individual, en el que se conjugan los dos focos del «aquí-propio» (que resiste como individualizador) y el «ahí-mostrenco» (parte del espíritu que nos es dada hecha). En estúpida alegoría interpreta Granell la expulsión de Adán y Eva del paraíso cuando el Señor los colocó (y «más que cólera, acaso hubo irónico sonreír en su decisión») como *dioses*, sí, conforme a la tentación de la serpiente, pero *en el tiempo*.

Es ahí donde Granell descubre la formación del *ethos* subjetivo, con toda la importancia del cuerpo en que el espíritu encarna formando un «aquí-propio». Léase el capítulo «Vecindad humana y ethología» y se medirá la ambición filosófica de Granell, que como todo auténtico filósofo se siente dueño de una explicación del mundo que puede convertirse en salvadora y aplicable doctrina.

De Eucken toma Granell la noción de *sintagma*, algo así, si se nos permite hablar toscamente para llamar la atención del lector hacia la matizada exposición, conjugación de esas objetivaciones del espíritu que se van manifestando a lo largo de la historia humana con el intransferible «aquí-propio» individual.

Si no hemos entendido mal, la ethología, nueva disciplina filosófica cuya creación ocupa a Granell, intervendrá reformándolo, en el «hombre mismo desde su originaria raíz ontológica», allí donde el humano aparece conformado en la conjunción del espíritu individual con el colectivo. Como ya anticipó Mili esa ciencia es una especie de pedagogía.

Pero renunciamos a extraer en unas infieles líneas una obra extensa y que merece detenida lectura. Escrita en un castellano no siempre fácil, en el que los tecnicismos alternan con audaces metáforas y figuras, el libro nos hace recordar con nostalgia la escuela de donde orgullosamente procede. Algún sabroso americanismo y el galicismo «por eso es que...», tan incorporados a nuestra lengua del otro lado del Atlántico, nos recuerdan el trasplante de nuestro amigo y su ejemplar labor en Caracas. ■

(1) Manuel Granell: «La vecindad humana, fundamentación de la Ethología». Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1969.